



Hotel Abismo

CRIATURAS GELATINOSAS

Chiara Merino

Para José Ignacio Valenzuela

En extrañas cosas moro.

—Alejandra Pizarnik, “En honor de una pérdida”

Bruguera tiene la marca permanente del insomnio en la cara, un aro de oro mordido le pica el dedo anular de su mano derecha. Reparte el alma en lascas finas como jamón de *boulangerie*, se entrega a trozos salados de esperanza. Durante las noches en las que no duerme se enrosca el pelo largo entre los dedos y reza un avemaría labial y silente. Bruguera siente la muerte y aún le cuesta 2 güiskis en las rocas creer de entraña en algo. A pesar de las capacitaciones aprendidas y de los sentimientos automáticos, su voz – al enunciar palabra – no es áspera sino dulce, y hasta a veces puede llegar a ser de una ternura sorprendente.

Bruguera juega con escopetas. Cuando es otoño, es otoñal, y cuando es puño, es puñal. Enreda el alfabeto todas las tardes mirando la pantalla de su computadora, dedo a dedo, dígitos conducentes cual marisma GPS-eando, rascando, dactilando las 26 letras y las posibilidades latentes del teclado. Tiene alma de programador y cuerpo de productor de televisión, nada se le escapa, conoce desde siempre las coordenadas y las abraza.

... and in advance her heart was filled with that craven submissiveness with which many women both redeem their adultery and punish themselves for it, según Bruguera leyó en

Flaubert, esta era la causa más clara y conmovedora de su existencia hasta el momento. El adulterio, la sumisión ante el deseo, la enredadera en la cabeza, en el corazón y en la entrepierna. Por eso le gustaba más programar que leer en las noches. El trabajo la llenaba de alivio. Era un paisaje inconexo que lo conectaba irremediabilmente al sentimiento de estar una noche en la playa de Ocean Park, tomando cosmopolitans y coqueteándole a las erecciones del resto de los maricas del lugar. Era un paisaje cómodo, para él, para ella, para todos en realidad. Y te pregunto, ¿cómo entonces se puede sobrevivir un fuego? ¿Un terremoto? ¿Un tifón? ¿Un huracán? ¿Qué haces cuando se estrella tu velero? ¿Cuándo se fuga tu casa con un tornado y baila por los aires dando brincos como Viveca Vázquez? ¿Qué exactamente haces el minuto después de cualquier inmolación? Ahí, donde reside ese instante, es que estará siempre la contestación.

Nunca pensamos durante los momentos de crisis, siempre es un minuto después. Siempre un minuto más tarde. Me parece que Bruguera llegó a comprender esto luego de la última batalla que pudo dar. Y, la verdad, lucía bella con su *outfit* bélico, cual Xena árabe, con esos ojos verdes que abanicaban largas pestañas de domingo. Con esas tetas duras que arrancaban gritos de placer a cualquiera. Con su piel oscura, sudorosa y espesa, deslizándose como una morena entre arrecifes. La guerra le quedaba bien, le daba ese brillo que viene de adentro, un *me voy a coger al mundo*, un *no descanso hasta que me venga chillando*. Toda ella era sexo dentro de un pedazo de madera, como un manto planificando una escultura. Se intuía, y cuando cerraba los ojos al finalizar el día era espléndida.

Él no era amigo del suplicio sino más bien de la súplica. Mami, mi amor, pero mi reina, no te pongas así, mira... No habría razón alguna de un solo latigazo sobre la piel, total, necesitaba las manos, los 10 dígitos suculentos, para programar durante las noches, para producir series televisivas, para pintar cuadros a gran escala y a veces hasta para trabajar en la panadería, justo a unos minutos de su casa en Carolina. Se pasaba todo sus viajes de varón, volando de Ezeiza al Luis Muñoz Marín en un parpadeo secuencial. Para Bruguera no había modelos, los suplicaba, los transmutaba como de pesos a dólares, y viceversa, no había una forma de ser sino la accionaba. He ahí su trama, he ahí su acción y su narrativa deshecha, en trizas, no le costaba nada truquear a la gente de caras largas de las aduanas. Era tan alto, tan fabulosamente alto en este país de enanos, que causaba conmoción cuando entraba a los restaurantes y al gimnasio. Las miradas ávidas de los hambrientos y los fisiculturistas no pasaban desapercibidas por Bruguera. Se sentía siempre en casa, su delgadez, su pelo claro y rizado, su sonrisa chueca, proyectaban en su conjunto una tranquilidad envidiable. Comía despacio y saboreaba cada bocado, hacía su rutina de pesas –que duraba aproximadamente una hora- con la misma tranquilidad de quien se sabe en casa. Todos miraban. Llevaba su juventud privilegiada en la punta de cada uno de los cabellos de su cabeza. Brillaba.

A su madre la operaban en un mes y medio, y así fue que Bruguera decidió dejar de fumar. Hizo el papel de la hija solidaria. Tu madre hace dos años que tiene un hueco en el vientre.

Aquella mañana despertó soñando que una ex le decía al oído, atragantada de ganas bajo-pélvicas, *I want you to fuck me, please fuck me*, suplicaba. Más súplicas. Despertó de un tirón recordando lo rico que era enredarse con ella. Ni modo, hoy dejó de fumar. Qué buena hija eres, pensó, qué chica más solidaria. Dejó de fumar y de chichar. Así de tajante fue la nota de aquella mañana. Asoció a los peces, a las farmacias, hasta a la bolsa de valores y a la supuesta privatización de la isla completa en esa decisión. Programar se le hizo difícil, le mordió una esquina al teléfono celular marca Nokia, que ahora venía en un plástico elástico y poco resistente a las emboscadas de las blancas dentaduras de Bruguera. Decidió salir a la panadería a hacer bolitas de papa rellenas de carne, como cuando era pequeña. Tenía hambre y no daba para estar en casa tranquila ese día. Llegó a la panadería con este texto bajo el brazo y lo colocó debajo de la caja registradora del mil novecientos setenta y tres, para inhumarlo un rato, como el muerto que era. Así de pesado era, pesaba más que la bandeja de pernil recién hecha que humeaba en la mesa de acero justo al lado de la yuca en mojo. Se fue a la cocina, pateando la puerta laminada con planchas de metal, y entrando al horno que era ese cuarto de atrás. Afuera se escuchaban los gritos de los clientes, pidiendo ordenes de tamal en cazuela, de arroz congrí, de quesitos y pastelillos de guayaba. Hoy comenzaba el día de las prohibiciones: era semana santa a punto del viernes santo, y más valía pecar de olfato que fumar y chichar. Eso estaba claro. *Estoy en la panadería*, firma Bruguera, no es lo mismo que escribir *estoy@panadería*. La informática ni tan siquiera sabe interpretar los acentos.

El mundo está hecho de las ausencias y eso nadie lo ha comprendido. Es de esa forma que edificamos casas, museos, urbanizaciones, expresos, alcaldías, barriadas, parques comunales, bancos, cementerios. Escribimos cartas por las mismas razones: para enterrar las ausencias, para bajarle el volumen al silencio. El miedo, el dolor, la mueca que antecede toda expresión, acción literaria, frustración. Nos hacemos clusters – en términos de programación, me explico - para salir de nuestro estado perpetuo de satélites. Bruguera nació satélite y opta por un día ser el non plus ultra de los clusters. Ser cluster es una pomada china para combatir las ausencias; ella nunca tuvo una visión arquitectónica pragmática. Fue satélite de Nicolás, el científico nazi que conoció en una universidad de Nueva York. Encaramada sobre sus ancas se clavó su nórdica piringola hasta hacer brotar una mini órbita que no logró sobrevivir los estragos de aquella relación. Viajó con él, le mordía las orejas lactosas, le arañaba su espalda blanca con sus uñas a medio comer, lamía su sexo rosado como un tulipán hasta dejarlo drenado. *Me recuerdas a él cuando me coges así*, suspiro una noche bastante imperdonable. *Nadie jamás me ha cogido como tú*, dijo otra. Mejor ser, en fin, un cluster repartido que un satélite de imbecilidad satelital.

Bruguera aprendió de la muerte, literalmente, por la cara. Guiaba el Audi 5000 color gris carbón por el expreso de San Juan a Aguadilla con su hermano pequeño de 5 años, y su amigo de la infancia. Era domingo y cinco velocidades se derramaban bajo sus dígitos con un suave ronroneo. En la curva donde se divisa el mar, justo llegando a la salida de Quebradillas, no vio que comenzara a llover sobre el asfalto, no presintió las nubes que taparon el cielo, sólo recuerda que no vio nada y que escuchó un chillido de gomas seguido

por la ausencia completa. Cuando despertó tenía los cinco dedos de su hermano cubriéndole un ojo. Era la sangre que presentía la sangre. Jamás encontraron el resto del cuerpo de su hermano. Bruguera quedó preñado de esa ausencia durante casi 7 años hasta que pudo acostumbrarse a ir a la peluquería y volver a hacerse una manicura como Dios manda, sin nublársele la vista con el recuerdo de las curvas y de las ausencias. Y además, ya no habla con su amigo de infancia. Se agotaron los temas de conversación.

Sería extraño terminar un relato donde comienza a romperse la conexión entre su protagonista y lo que lo rodea. Pudiéramos dejarla sola, haciendo una llamada telefónica agónica para contar las noticias de aquella mañana cuando regresó él de Caracas, pudiera yo quizás mentir y no decir que es justamente donde se pone el dedo y se hunde esa viscosidad donde comienza todo, esa que solemos llamar nuestra humanidad. Hablar ahora de las decisiones que se tomaron, de los errores que sólo se percibieron al pasar del tiempo, no sería prudente. Sólo quiero aclarar que de ahí nació todo, que de ahí nacimos Bruguera y yo, como gemelos de una mano a la que ya no podemos mirar porque nos toca ese punto medular donde comienza la muerte. Porque ya reconocemos ella y yo, y él también, por qué no decirlo, que es el punto de cocción de esta gelatina lo que nos hace flexibles, estirar los dedos de las manos, no rompernos por dentro.